

El magisterio de Francisco: continuidad y novedad

Federico Lombardi *

“Soy un hijo de la Iglesia”

Desde los primeros meses del pontificado de Francisco, y también sucesivamente, en las respuestas a las preguntas de periodistas durante las famosas entrevistas en avión al regreso de los viajes internacionales, me impactó la actitud decidida y su explícita referencia a consolidadas enseñanzas de la Iglesia: al Catecismo de la Iglesia Católica, y a la doctrina social de la Iglesia (incluso a veces citando su “Compendio”). Esto sucedía particularmente cuando se le hacían preguntas que suponían o buscaban insinuar que las posiciones de Francisco serían innovadoras respecto del pasado, en puntos particularmente “calientes”, como por ejemplo sus posiciones respecto de la comunidad gay, o sus críticas al sistema económico dominante. Naturalmente los periodistas le formularon muchas veces estas preguntas y por eso mismo resultó muy evidente el hecho de que respondía coherentemente siempre del mismo modo. Doy algunos ejemplos.

Pregunta: ¿Por qué no habló sobre el aborto, o sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo?

Respuesta: La Iglesia ya se ha expresado perfectamente sobre esto. ¡No era necesario volver sobre el tema, como del mismo modo no hablé del fraude, de la mentira o de otras cosas sobre las que la Iglesia tiene una doctrina clara!

Pregunta: Pero ¿cuál es su posición, Santidad?

Respuesta: La de la Iglesia. Soy hijo de la Iglesia (regreso de Brasil, 29/7/2013).

Pregunta: ¿Usted qué piensa de la ordenación de mujeres?

Respuesta: La Iglesia ya ha hablado y dice “no”. Lo dijo Juan Pablo II, y con una formulación definitiva. Esa puerta está cerrada (regreso de Brasil, 29/7/2013).

Pregunta: A propósito de los gay...

* Sacerdote jesuita italiano, portavoz de la Santa Sede de 2006 a 2016.

Respuesta: Repito lo mismo que dije en el primer viaje, y repito también lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica: que no deben ser discriminados, que tienen que ser respetados, acompañados pastoralmente... Debemos acompañar bien, según lo que dice el Catecismo. Es claro el Catecismo (regreso de Brasil, 29/7/2013; México, 18/2/2016, y Armenia, 26/6/2016).

Pregunta: A propósito del sistema económico, del rol de los movimientos populares, etc.

Respuesta: Lo que hice fue darles a ellos la doctrina social de la Iglesia, lo mismo que hago con el mundo de la empresa.

Pregunta: ¿Usted piensa que la Iglesia lo seguirá en esta mano tendida hacia los movimientos populares?

Respuesta: Soy yo el que sigo a la iglesia, porque simplemente predico la doctrina social de la Iglesia a este movimiento. No es una mano tendida a un enemigo, es un hecho de catequesis. ¡Quiero que esto sea claro! (regreso de Paraguay, 13/7/2015).

Pregunta: Sucedieron discusiones donde algunos hablaban del “Papa comunista”; incluso ahora mismo se preguntan: “¿El Papa es católico?”. ¿Usted, qué piensa?

Respuesta: Yo estoy seguro que no he dicho nada que no estuviera en la doctrina social de la Iglesia... Mi doctrina en la *Laudato sí* sobre el imperialismo económico y todo lo demás es la de la doctrina social de la Iglesia. Y si es necesario que recite el “Credo”, estoy dispuesto a hacerlo (regreso de Estado Unidos 28/9/2015).

He registrado estas respuestas en el curso de diálogos con periodistas como testimonio del hecho que Francisco no pretendía, desde el principio, dejar dudas sobre su total pertenencia al gran desarrollo de las enseñanzas de la Iglesia, también en los temas morales y sociales que hoy forman parte del debate. De ninguna manera él deseaba ser comprendido como un revolucionario en cuanto a los contenidos doctrinales, como quizás algunos habían imaginado a la luz de ciertas innovaciones en el estilo de vida (como la decisión de habitar en el departamento papal de Santa Marta). Esto no quiere decir, de todos modos, que en su magisterio no haya nada de nuevo, o que al menos no se puedan identificar acentos característicos. Estos aparecen con claridad ya desde los primeros meses de su pontificado en una lectura de su documento “programático”, en el que trabajó en el verano de 2013, que es la *Evangelii gaudium*.

Del corazón del Evangelio: la jerarquía de la verdad

Su perspectiva específica, cuando asumió el servicio del ministerio de Pedro, aparece bien expresada en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, particularmente en el capítulo 1: “La transformación misionera de la Iglesia”. Él habla allí de la necesidad de una “conversión pastoral y misionera” (n° 25) y citando el Vaticano II dice “Cristo llama a la Iglesia peregrina hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad” (*Unitatis redintegratio*, 6; *Evangelii gaudium*, 26).

En mi opinión, el punto quizás más característico de esta conversión es el que aparece en la sección III de ese capítulo –titulada “Desde el corazón del Evangelio”–, donde se concentra en el modo misionero adecuado para comunicar el mensaje y afirma: “En el mundo de hoy, con la velocidad de las comunicaciones y la selección interesada de contenidos que realizan los medios, el mensaje que anunciamos corre más que nunca el riesgo de aparecer mutilado y reducido a algunos de sus aspectos secundarios. De aquí que algunas cuestiones que forman parte de la enseñanza moral de la Iglesia quedan fuera del contexto que les da sentido. El problema mayor se produce cuando el mensaje que anunciamos aparece entonces identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo. Entonces conviene ser realistas y no dar por supuestos que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo” (n° 34). Y también: “Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo, y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante” (n° 35). Retomando la conocida enseñanza conciliar sobre la “jerarquía” de la verdad, Francisco continúa observando que “algunas de esas son más importantes por expresar más directamente el corazón del Evangelio. En este núcleo fundamental lo que

resplandece es «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (n° 36).

No olvidemos que la *Evangelii gaudium* se pone muy claramente en la línea de la Exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi*, considerada por muchos –y ciertamente por Francisco– como uno de los documentos más importantes para la recepción del Concilio Vaticano II en la vida de la Iglesia; recoge también no pocos frutos del Sínodo sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, convocado por Benedicto XVI, que tuvo lugar en octubre del 2012 (son citadas, de hecho, varias de sus Propositiones). Además, como es sabido, la *Evangelii gaudium* retoma también muchas de las líneas que inspiraron el “documento de Aparecida”, publicado después de concluida la V Conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe, inaugurada por Benedicto XVI y realizada justamente en Aparecida en 2007, documento en cuya redacción el entonces cardenal Jorge Mario Bergoglio tuvo un rol fundamental. Aquí hay entonces un componente específico y característico, en el que se puede reconocer y apreciar un aporte de la Iglesia latinoamericana a la Iglesia universal, que determinó la elección de un cardenal latinoamericano al trono de Pedro.

Desde mi punto de vista, con su lenguaje simple, con la vivacidad espontánea de sus homilias de tono evidentemente evangélico, con sus gestos concretos, sin ningún temor de ser repetitivo en sus mensajes, Francisco consiguió efectivamente inaugurar y difundir en modo eficaz el estilo misionero de anuncio del que nos habló en los pasos recién recordados de la *Evangelii gaudium* (coherentemente desarrollados en los puntos sucesivos). En esto se manifiesta bien la continuidad y al mismo tiempo la novedad del magisterio de Francisco respecto de sus predecesores. Magisterio que no está exclusivamente expresado en documentos escritos, los más autorizados, sino que también es interpretado y aproximado a la vida con una multiplicidad de expresiones orales y gestuales, que no dañan la fuerte unidad del mensaje en su totalidad.

La centralidad de la misericordia

Desde el punto de vista de los contenidos del mensaje, el magisterio de Francisco enunciando “el amor de Dios salvífico en Cristo” fue gradualmente concentrándose sobre el tema de la “misericordia”, hasta

“inventar” un Jubileo de la Misericordia, en muchos aspectos nuevo y original, fuera de las habituales fechas establecidas y del número tradicionalmente limitado de lugares de peregrinaje, significando así la suma libertad y gratuidad del amor de Dios que busca encontrar al hombre en cualquier lugar que se encuentre.

Sabemos muy bien que el tema de la “misericordia” no es nuevo, más aún es antiguo como la historia de la salvación presente en las Escrituras, pero Francisco retoma de los decenios recientes “un proceso, madurado en el tiempo por la obra del Espíritu Santo” (entrevista de Stefania Falasca en *Avvenire*, 17/11/2016). Este proceso pasa por la “medicina de la misericordia”, de la que hablaba Juan XXIII indicando al Concilio el camino a seguir en su famoso discurso inaugural *Gaudet mater Ecclesia* (11/10/1962); la historia del samaritano en la cual Pablo VI, en el discurso conclusivo, ve el “paradigma” mismo del Concilio (“la antigua historia del samaritano fue el paradigma de la espiritualidad del Concilio”, 7/12/1965); la encíclica *Dives in misericordia* y la fiesta de la Divina Misericordia instituida por Juan Pablo II, y el “nombre de Dios es misericordia” de Benedicto XVI. Francisco ve con creciente claridad que “vivir la experiencia del perdón que abraza la entera familia humana es la gracia que el ministerio apostólico anuncia” y así pone en el centro de su ministerio el anuncio de la “persona de Dios que se hizo misericordia en la encarnación de su Hijo”. Así se traduce eficazmente en la realidad el principio antes enunciado de ir al “corazón del Evangelio”, para reencontrar la correcta jerarquía de la verdad y dar un mensaje simple, esencial y capaz de llegar “a todos sin excepciones ni exclusiones”. Quisiera decir que la eficacia del anuncio de la misericordia es la gracia específica más grande de este pontificado, y que el modo en que Francisco lo anuncia constituye de verdad esa “nueva evangelización” de la cual se había ya hablado mucho en el curso de los pontificados precedentes, pero que todavía no había encontrado una forma tan convincente y clara de expresarse.

Benedicto XVI, en una bella entrevista publicada en 2016 (*Osservatore Romano*, 16/3/2016), lee con su habitual profundidad la continuidad de la línea de este desarrollo. “Para mí es un ‘signo de los tiempos’ el hecho que la idea de la misericordia de Dios se convierte siempre en más en central y dominante –a partir de sor Faustina, cuyas visiones en muchos modos reflejan en profundidad la imagen de Dios propia del hombre

de hoy y su deseo de la bondad divina... Juan Pablo II, que pudo constatar toda la crueldad de los hombres, afirma que la misericordia es la única, verdadera y última reacción eficaz contra la potencia del mal. Sólo allí, donde existe la misericordia termina la crueldad, termina el mal y la violencia”. Y Benedicto continúa: “Francisco se encuentra totalmente de acuerdo con esta línea. Su práctica pastoral se expresa justamente en el hecho que él habla continuamente de la misericordia de Dios. Es la misericordia que nos mueve hacia Dios, mientras la justicia con su presencia nos asusta. Desde mi punto de vista esto resalta que bajo la pátina de seguridad de sí mismo y de la propia justicia el hombre de hoy esconde una profunda conciencia de sus heridas y de su indignidad frente a Dios. Él está esperando la misericordia... Los hombres en su intimidad esperan que el samaritano llegue en su ayuda, que él se incline hacia ellos y vuelque aceite sobre sus heridas y los lleve al reparo. En última instancia, ellos saben que tienen necesidad de la misericordia de Dios y de su delicadeza. En la dureza del mundo tecnificado en el que el sentimiento no cuenta nada, aumenta la espera de un amor salvífico que nos sea regalado gratuitamente”.

La doctrina y la consciencia: el discernimiento

El pontificado de Francisco está acompañado de un intenso y no resuelto debate sobre la relación entre fidelidad a la doctrina y la acción pastoral, debate desarrollado sobre todo en ocasión del Sínodo sobre la familia y más precisamente sobre el tema del acceso de los divorciados vueltos a casar a los sacramentos. Sin querer entrar ahora en los detalles de este debate, es evidente que Francisco ha negado repetidamente tener la intención de modificar la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio, pero ha intencionalmente buscado un acercamiento pastoral más volcado a las situaciones de nuestro tiempo y a los desafíos que la cultura dominante impone concretamente a la vida de los fieles y de los hombres de hoy. No hace falta enjaular la doctrina de la Iglesia dentro de un cierto legalismo, que pretende ver todo con claridad, o blanco o negro, sin saber entrar en la realidad de la experiencia vivida. Conjugar las exigencias de la doctrina con la compasión divina, no perder el sentido del pecado, sino encontrar los caminos de una pastoral del perdón y la esperanza.

Acá se convierte en crucial el tema del “discernimiento”, esto es, el buscar y encontrar la voluntad de Dios en la situación concreta, a través de la escucha de la palabra de Dios, del magisterio de la Iglesia, del diálogo con

los pastores y la escucha de la voz de la conciencia. La insistencia de Francisco sobre el discernimiento suena realmente nueva, al menos en su insistencia y en la importancia que le da en la práctica pastoral de la iglesia, lo que implica un desafío muy difícil para los pastores, que muchas veces se sienten en desventaja frente a la tarea.

Pero en este caso tampoco se trata de ningún modo de una revolución doctrinal. Por el contrario, se trata de tomar en serio hasta el final la relación entre doctrina y vida, entre la doctrina y las prácticas pastorales reales, de modo tal que no llegue gradualmente a crear un abismo entre ellas. No hay que olvidar que en la enseñanza conciliar están explícitamente anunciados tanto el principio de la soberanía de la conciencia de los fieles (*Gaudium et spes*, n° 16) como el la sumisión religiosa al magisterio auténtico de la Iglesia (*Lumen gentium*, n° 25), y que entre ellos queda inevitablemente un campo de tensión vital que tiene que ser vivido y afrontado con madurez en la vida concreta de los fieles. Justamente con “discernimiento”.

Una Iglesia sinodal

Ciertamente, entre las expectativas que emergieron en el curso de las Congregaciones generales de los cardenales antes del último Cónclave, se notaba la de progresar en el camino de la relación entre primado del Papa y colegialidad episcopal, en relación con las indicaciones del Concilio Vaticano II. En efecto, Francisco dio un impulso vigoroso en esta dirección, sobre todo renovando en modo profundo la práctica del Sínodo de Obispos, que con el tiempo parecía haberse vuelto más rígido. Los dos Sínodos sobre la familia fueron en realidad lugares y tiempos de una expresión más libres y dinámica por parte de los participantes y de un debate vivaz y profundo, que fue compartido ampliamente en la comunidad de la Iglesia. Pero Francisco además dedicó al tema de la importancia del Sínodo en la Iglesia un discurso programático de amplio respiro y muy importante (en ocasión del 50° del Sínodo, 17/10/2015), que por otra parte reclamaba argumentos varios ya delineados en la *Evangelii gaudium* y –para quien quiera ir más atrás– que estaban ya presentes en el recordado Documento de Aparecida y en la experiencia positiva de Bergoglio dentro del ámbito del episcopado latinoamericano.

Vale la pena recordar un pasaje de la homilía del cardenal Bergoglio en Aparecida, que se convirtió en famosa: “No queremos ser una Iglesia

autorreferencial, sino misionera. No queremos ser una Iglesia gnóstica, sino una Iglesia que adora y reza. Nosotros pueblo y pastores que constituyen este santo pueblo fiel de Dios, que tiene la infalibilidad en la fe, junto al Papa, nosotros pueblo y pastores hablamos en base a lo que el Espíritu nos inspira, y rezamos juntos y construimos la Iglesia juntos, o mejor dicho, somos instrumentos del Espíritu que la construye” (*Nei tuoi occhi è la mia parola*, Milano, Rizzoli, 2016, 548-550). Después de haber recordado esta homilía, justamente y agudamente el padre Diego Fares (profundo conocedor desde hace mucho tiempo del pensamiento y la vida de Bergoglio –Francisco–) evoca el saludo inicial de Francisco desde el balcón central de San Pedro después de su elección, cuando dijo: “Y ahora comenzamos este camino obispo y pueblo”, e inclinado la cabeza pidió la bendición al pueblo fiel (*Civiltà Cattolica*, 20/5-3/6/2017, p. 343).

La expresión “santo pueblo fiel de Dios” está estrechamente unida a la profunda convicción de la realidad viva del *sensus fidei* que el Espíritu Santo inspira en los creyentes, es usada frecuentemente por Francisco también ahora, durante su pontificado, y se puede considerar como una palabra clave de su visión eclesiológica, que se conecta, evidentemente con una entonación y una coloratura características y muy intensas, a aquella que nos era más habitual –pero seguramente un poco más fría– de “pueblo de Dios”. Naturalmente este pueblo está en camino, camina junto y acompañado por el Espíritu Santo, y por lo tanto es “sinodal”. Y en esta perspectiva Francisco no pierde ocasión para polemizar con cualquier forma de “clericalismo”, recordando que cada tarea en la Iglesia no es por el poder, sino por el servicio, y para insistir en la responsabilidad y la dignidad de cada bautizado y además también en la responsabilidad del laicado y de las mujeres en la Iglesia.

Mirando a los aspectos de la estructura jerárquica de la Iglesia, en este contexto, Francisco habla, después, de una “conversión del papado” y de las estructuras centrales de la Iglesia universal (*Evangelii gaudium*, n° 32), de la superación de una “excesiva centralización” que obstaculiza la dinámica misionera, de un nuevo rol de las Conferencias Episcopales. Sobre este último punto es posible hablar de una orientación distinta respecto a la de los pontificados precedentes; pero estamos siempre dentro de una natural dinámica histórica de recepción gradual de las aperturas del Concilio Vaticano II.

Mirar el mundo desde las periferias

Como recordé en la introducción de este escrito, las intervenciones y los discursos de Francisco sobre las grandes cuestiones de la actualidad del mundo de hoy tienen un impacto formidable en la opinión pública mundial, hasta el punto de considerarlo por no pocos como un “líder mundial” por su autoridad moral reconocida a nivel internacional. Sin embargo, la fuerza de sus condenas de las injusticias y la denuncia de la causa de los males del mundo –avidez económica y de poder– le atrajeron acusaciones de parcialidad, y hasta de “comunismo”, pero, como él respondió con insistencia, sus posiciones se colocan en total continuidad en el surco de la doctrina social de la Iglesia, de las grandes encíclicas sociales de sus predecesores. Sí debo observar, en todo caso, algunos aspectos que aparecen como innovadores o característicos en las intervenciones de Francisco; pondré en relieve tres.

La atención prioritaria a los pobres, a los sufrientes y a los débiles. Esta tiene dos elementos: el primero claramente evangélico, que aparece en las muy frecuentes referencias de Francisco al pasaje clásico de las Bienaventuranzas (Mt 5) y al del Juicio (Mt 25), en los que el Papa insiste en el “protocolo” por el que seremos juzgados, y teológicamente cristológico, expresado ya con gran eficacia por Benedicto XVI: “La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en ese Dios que se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”, tomada con fuerza del Documento de Aparecida (n° 292-3). Pero hay también otro elemento, consecuente al primero, pero que es necesario tomar en su relieve específico y que llamaría “metodológico”, porque lleva a asumir sistemáticamente, efectivamente y existencialmente el punto de vista de los pobres sobre la realidad. Solo así las verdaderas injusticias, los verdaderos males y sus raíces pueden salir con claridad a la luz y ser sometidos a una crítica dura, profunda y eficaz; mientras que una mirada proveniente del “centro fuerte” del sistema económico-político-social no será jamás capaz de comprender la gravedad de los problemas, la profundidad de los sufrimientos y las causas de los males, que no son solo técnicas, sino también morales. La atención a las “periferias” geográficas, sociales y existenciales, manifestada concretamente en los viajes de Francisco a los lugares de las migraciones y de las condiciones de las minorías (Lampedusa, Lesbos, la frontera entre México y Estados Unidos...) o con la apertura del Jubileo a Bangui, en la República

Centroafricana... y una manera de ayudar a todos a dar vuelta una visión equivocada del mundo. Otro ejemplo característico de “periferia” está constituido por el mundo de las cárceles y del sistema penal, al cual es necesario reconocer de parte de Francisco una atención y un empeño extraordinarios, sea con las visitas a las prisiones o también con las intervenciones sumamente explícitas sobre el tema del rechazo a la pena de muerte y a la cadena perpetua, y de la recuperación de los presos para la vida en sociedad. Pienso que en esta dirección Francisco ciertamente ha corrido las fronteras de las enseñanzas y del compromiso de la Iglesia.

La capacidad de involucrar a todos los sujetos responsables o co-responsables para afrontar las grandes cuestiones abiertas hoy. Francisco pudo hablar a la Asamblea de las Naciones Unidas en New York, al Congreso de los Estados Unidos en Washington, al Parlamento Europeo en Estrasburgo... pero se preocupó muchas veces de hablar a los representantes de los “movimientos populares”, considerándolos sujetos co-responsables del desarrollo humano de la dignidad de la persona, haciéndose en un cierto sentido su voz y dando importancia y dignidad a su compromiso. Le fue observado, en ocasión de una entrevista en un viaje de regreso del Paraguay, que no le habla suficientemente a la clase media, y él ha reconocido que debería reflexionar sobre esta crítica; pero no se le puede echar en cara no buscar reconocer y favorecer el nacimiento de nuevos protagonistas, innovadores y proféticos, sobre todo en las anchísimas fajas más débiles de la realidad social. Esto es muy importante para ir más allá de las ilusiones de que sean las soluciones técnicas de good governance, basadas en la multiplicación de reglas y en la burocracia para llevarlas a cabo, las que puedan garantizar el desarrollo integral de las personas y de los pueblos.

La capacidad de cultivar una mirada amplia y al mismo tiempo profundo sobre las preguntas cruciales de la realidad de hoy, conectando y entrelazando continuamente las diversas crisis –económicas, sociales, políticas, ambientales– es característica de las intervenciones de Francisco en la actualidad mundial. La encíclica *Laudato si* es el documento más amplio y articulado, pero los discursos de alcance internacional, durante los viajes, o al cuerpo diplomático, los Mensajes para la Jornada de la paz, se entrelazan continuamente conformando un “discurso” unitario de un nivel superior. Este discurso prende en la opinión pública gracias también a formulaciones fuertes y originales, de gran impacto, como aquella de la

“guerra mundial por pedazos” o de la “cultura del descarte” o de la “globalización de la indiferencia”, o de la crítica del “dios dinero”.

En conclusión, el magisterio social de Francisco está en plena continuidad con el de sus predecesores, y él es absolutamente consciente de ello. Es más, diría que él se siente mucho más seguro al asumir posiciones de crítica fuerte y avanzada de frente a los problemas más candentes de hoy, justamente porque sabe que se apoya sobre una base muy amplia y sólida, a la cual puede ir y volver siempre para encontrar respuestas y orientaciones, aun sobre argumentos que él no toca o no profundiza, porque no puede hablar siempre y porque su acercamiento a los temas muchas veces no es sistemático. Pero el punto de vista “descentrado” de los pobres y de las periferias le permite ensanchar la mirada o tomar con particular agudeza y nueva intensidad cuestiones verdaderamente críticas (migración, cárceles, tráfico de personas...), y así empujar a la reflexión y a la búsqueda de respuestas concretas a las urgencias de la humanidad. De este modo, la mirada evangélica de la misericordia alimenta continuamente un impulso poderoso en el compromiso por una “mayor justicia” (cf. Mt 5,20), hacia fronteras de dignidad humana integral cada vez más amplias y avanzadas.

Traducción: Adolfo Mazzinghi